

RECETAS PARA DROGARSE

¿Problema U.S.A. más grave que la sangría en Asia? ¿Por encima aun de la cuestión racial? Parece que sí, que la droga es el quebradero número uno para Las autoridades del más rico país del mundo. Es probable que otros negocios, incluso de mucha gravedad política, no bastaran a justificar el tono conminatorio con que el ministro americano de Justicia advierte a Francia: Si París no se ocupa de erradicar los laboratorios clandestinos donde se fabrican los insidiosos productos -que luego entran en Estados Unidos, sobre todo a través de Méjico-, "las relaciones diplomáticas entre los dos países podrían resentirse". El foco agudo se encuentra, naturalmente, en la concentración de los rascacielos y sus suburbios, con prósperas sucursales en "vivideros" como Miami Beach o las playas de California. Pero ya se sabe que los vicios, más que las virtudes, son ágiles en extenderse sin respeto de aduanas, y no digamos si se trata de fronteras entre estados de una misma nación, que siempre serán delgadillas. "Las cosas se sabe dónde empiezan, pero no dónde terminan", dicta la sabiduría popular. Se empieza en el guardarropa de un cabaret lujoso de Broadway y se puede acabar, por poner un ejemplo, en Lincoln, capital de Nebraska, algo así como un Logroño de los Estados Unidos de América. Ahí está el peligro, y por esto cabe decir que la preocupación es federal, o sea una preocupación así de grande.

Lo peor -para los demás- está en que el problema tenga su capitalidad en zona tan contemplada. Los ciudadanos del dólar son observados por medio mundo -en el que estamos usted y yo, lector-, luego criticados (frecuentemente se les denuesta) para acabar siendo copiados.

Yo me declaro partidario acérrimo de ese letrerito tópico de la publicidad comercial: "Desconfíese de las imitaciones".

Lo de la droga, en Norteamérica y en cualquier parte, tiene una cara principal, trágica, dolorosa. Es el drama del compasible toxicómano, que tampoco es que date de ayer mismo. Un día fueron delincuentes, pero cada vez se va más a tratarlos bajo una luz distinta, como sucede con los enfermos mentales y alcohólicos, con ciertos equivocados sexuales. Quisiéramos acertar a decir que estos toxicómanos esenciales, verdaderos, "consecuentes" -estamos buscando términos de aproximación-, no dejan de arrastrar con ellos una cierta grandeza, la que proviene de la autenticidad. Y en sus lucideces más o menos largas acaso se duelan de tanto remedo burdo como les hacen

el aficionado y el esnob: jóvenes señoritos de culto psicodélico, parejas burguesas que ahora se dan a jugar con otras parejas -según cuentan- a juegos de escasa imaginación... Porque hay que valer hasta para eso. Darse uno al desenfreno es vituperable, no ridículo. Pero ande usted que meterse en orgías de quiero y no puedo...

Todo según lo cuentan, digo antes y repito ahora. Es que lo he leído en espacios que llegan a muchas manos, allí donde también se alude a las posibilidades enajenadoras de las píldoras para adelgazar, del jarabe para la tos, ¡de la cinta adhesiva!...

¿Es bueno decir estas cosas? ¿Es malo? ¿Es indiferente? ¿No podrán ser pistas como aquella información -exacta, minuciosa- donde se explicaba el truco para incendiar ciertos servicios postales? Los telefilmes de "drogadictos" que tanto se prodigan en Norteamérica y que luego nos sirven a nosotros emparedados entre un biolavante y un coñac, ¿son testimonio de lo que ya sucede o promotores de que eso mismo suceda?

Yo me inclino a creer que la pública alusión a tan descabellados sucedáneos sólo podría incitar a un necio, y quizá quien escribe con rectitud no tenga obligación de tomar en cuenta a un sector que, piadosamente pensando, debe ser minoritario. Siendo así, adelante con los faroles.

Claro está que también hay ejemplos de mucha precaución, recordatorios de la escuela de los moralistas que al describir en sus libros ciertos pecados lo hacían en latín. Por las pantallas de París anda una película tremenda: "More". Su realizador (que en imágenes presenta el saldo inequívocamente negativo de la droga) al inventarse para sus fines cinematográficos un nuevo alucinógeno echa mano de las raspaduras de una cáscara frutal al alcance de todo quisque, inocuas en la realidad, eso si no son vitamínicas.

Por si las moscas. O sea, por si los tontos.

Antonio PEREIRA